

1

Pese al vertiginoso acontecer de los hechos, quedarse allí había sido una decisión meditada. Como el resto de excursionistas, tuvimos nuestra oportunidad de abandonar el Campamento de la Laguna Grande, regresar a Lago Agrio o buscar otro espacio natural donde alojarnos tras aquel terrible suceso. Pero ¿quién sabía cuándo íbamos a poder repetir una experiencia similar? El único parte oficial que nos había sido remitido sobre la desaparición y supuesta muerte de Alejandro Oliveira, *el mexicano*, estaba henchido de datos confusos y declaraciones contradictorias. Ya nada se podía hacer por él, salvo rezar por su alma. Y de poco le iban a servir los rezos de un escéptico como yo, que con el paso de los años había cultivado la concepción de la realidad desde el pragmatismo del superviviente, renegando de toda religión o visión intangible sobre la vida y la muerte.

¿Miedo?, ¿desconfianza?... No. ¿Por qué? Lo que aumentó considerablemente fue nuestro respeto por el entorno. Era cuestión de enfocar correctamente la situación e intentar adaptarse a las nuevas circunstancias. Tampoco sentí lástima por *el mexicano*. Sí algo por su viuda, Sabrina, cuando pienso que tuvo que sufrir su plúmbea compañía durante lo que debieron ser cinco interminables años de infeliz convivencia.

Todos creíamos que había muerto en la laguna, cerca de la desembocadura del río *Hormigas*. No hallaron su cuerpo, pero el testimonio del guía que los acompañaba y las detalladas

declaraciones de su compañera sentimental dejaban poco a la imaginación. “No debió lanzarse al agua tan cerca de los manglares, no debió hacerlo, no señor...”, repetía ella sin cesar. Advertido inútilmente de los peligros que conllevaba zambullirse cerca de la orilla, *el mexicano* también había sido amonestado por adentrarse solo en la espesura, arrancar brotes de plantas protegidas, grabar su nombre a machete en las viejas secuoyas, molestar a los nativos con sus impertinentes burlas... Como ven, parecía empeñado en demostrarnos a cada momento su pérdida de respeto tanto por la comunidad *siona* como por el salvaje entorno de la Laguna Grande, soberbio remanso del río Cuyabeno a cuyo pie se erguía nuestro frágil campamento. Para su información les diré que, el caudal de la laguna, en época de lluvias, podía crecer hasta hacerla alcanzar algo más de dos kilómetros desde sus extremos, distancia nada despreciable si consideramos las voraces pirañas, sigilosas anacondas y furtivos caimanes que placían a sus anchas en casi todo el perímetro de sus insondables aguas negras.

Pero tampoco deseo describir la laguna de forma que parezca una gigantesca maraña de trampas mortales, si es ésa la impresión que les he podido transmitir, porque para quien, por ejemplo, trataba de mantener cierto grado de higiene corporal, existía una opción mucho menos arriesgada que la elegida por la supuesta víctima: tomar una motora o una canoa de remos y acudir hasta el mismísimo centro del remanso. Allí sí cabía dicha posibilidad, pues según nos había asegurado Washington, nuestro guía, los depredadores habituales siempre mero-deaban cerca de los márgenes y enramados, donde era mucho más fácil que cayera alguna presa entre sus fauces; nunca en espacios abiertos. Y no cabía dudar de sus palabras, ya que gran parte de la confianza que habíamos depositado en él se basaba, principalmente, en su participación en cada una de las acciones de las que tomábamos parte.

Al Campamento de la Laguna Grande, hasta entonces un pequeño *jardín del Edén* perdido en la vasta región amazónica de Sucumbios (Oriente en Ecuador), llegamos desde Lago Agrio, la última población antes de abandonar definitivamente cualquier atisbo de *modernidad* (electricidad, carreteras, agua potable...). Fue a finales de septiembre, tras pasar unos días en el archipiélago de Galápagos y luego en el viejo Quito, disfrutando de unas improvisadas, pero merecidas vacaciones de aventura. Tras primero visitar las hermosas Islas Galápagos a bordo de una pequeña embarcación privada, a la que nos agregamos tras una intensa negociación con el patrón, al fin regresamos a la capital andina, Quito, para hacer un poco de turismo por los alrededores y realizar algunas compras. Allí gozamos como en ningún otro lugar de la generosa hospitalidad de sus buenas gentes —“Gente de corazón”, me aseguraba meses atrás el médico del Dpto. de Enfermedades Tropicales que me inyectó las vacunas pertinentes para este viaje—. Seis días después, convenientemente informados y casi ciegamente convencidos por la fantástica descripción que un jesuita valenciano, familia de Mateo, mi compañero de aventuras, nos hizo de la selva amazónica, tras su regreso de una de las Misiones ubicadas a orillas del río Napo, decidimos continuar nuestro intenso viaje hacia el indómito Oriente.

Nuestro encuentro con el jesuita no fue casual, lo organizamos con la suficiente antelación. Hacía más de veinte años que, debido principalmente a la distancia, éste no había recibido visitas de ningún miembro de su familia. Así que compartí y disfruté aquel emocionante momento como si fuera un pariente lejano más.

No fue así con el último día en la capital, sin duda alguna el más accidentado de la semana: Acabábamos de llegar a la estación de autobuses de Quito, procedentes de *Mitad del Mundo* —lugar situado a pocos kilómetros de la capital andina, donde se encuentra el obelisco que representa los cuatro puntos cardinales y a cuyo pie se trazó la famosa

línea del Ecuador, latitud 0-0-0—. Allí pasamos el día. Para comer habíamos comprado en un puestecito ambulante, a pie de carretera, unas deliciosas empanadas de carne y verduras que, poco más tarde, a los dos nos sentaron como un tiro a bocajarro en el estómago. Mateo la pudo vomitar. Yo tuve menos suerte, sufrí tal descomposición interna que hube de pasar un buen rato *viéndolas venir* bajo un árbol seco, al pié de una loma cercana al obelisco. Horas después, ya alcanzada la media tarde, comenzó a llover con gran intensidad. ¿Quién lo iba a decir, con el sol abrasador que había lucido durante toda la mañana en aquel infinito lienzo azul celeste? Llevábamos ropa de abrigo en la pequeña mochila de mano, pues sabíamos bien del brusco cambio de temperatura en estas latitudes, pero a ninguno de los dos se nos había ocurrido pillar el chubasquero. Imaginarán nuestra lamentable apariencia a última hora del día, guarnecidos bajo el toldo de plástico de una tienda de regalos, ya en el andén de la estación de autobuses de Quito, esperando a que dejara de llover para iniciar el camino de regreso hacia nuestro alojamiento. Algo en nuestro desarbolado aspecto debió parecer sospechoso a dos elegantes agentes de la INTERPOL —como así se identificaron ante nosotros, documento en mano— que aparecieron de la nada.

—Por favor, señores, deben acompañarnos a la oficina de control —indicó en tono autoritario el más próximo a nosotros.

—¿Sucede alguna cosa? —preguntó Mateo, sorprendido.

—No se preocupen, pura rutina —aseguró flemático el otro agente.

Al levantarme del suelo, mis tripas regurgitaron como si acabara de engullir una bolsa de ranas.

Cagada de las grandes, razoné para mis adentros. Mateo lo ignoraba, pero en mi mochila llevaba todavía el esqueleto limpio de una enorme iguana que encontramos devorada por los insectos en una de las islas del archipiélago. Seguro que habernos procurado tamaño recuerdo suponía algún tipo de delito ecológico. “¿Quién me mandaría a mí?...

Debí dejarla con el resto del equipaje, en la habitación que nos había prestado la Radio Católica” pensé, bajo un disimulado gesto de reprobación.

Tras avanzar unos cuarenta metros tras ellos, entramos en un cuartito en penumbra situado detrás del último andén. Una minúscula claraboya de cristal en el techo permitía el paso de un débil haz de luz. Cuatro maletas desvencijadas en una esquina y una pequeña mesa de madera cuarteada y llena de muescas en el centro del habitáculo eran toda la decoración. A una señal indicativa del agente, depositamos las mochilas sobre ella.

Las paredes desprendían un fuerte olor a orín y humedad. El suelo, mohoso y resbaladizo, estaba regado de pequeñas y oscuras salpicaduras de origen incierto.

—¿Me permiten sus pasaportes? —preguntó el otro, casi sin despegar los labios, extendiendo la gruesa palma de su mano hacia nosotros.

Automáticamente cayeron nuestros documentos sobre ella.

Aquellos dos tipos se parecían tanto entre sí que al principio llegué a pensar si en realidad no eran gemelos, separados de su madre y adiestrados ya desde pequeños para este tipo de misiones.

—¿En Quito, dónde se alojan? —prosiguió sucinto, una vez comparados nuestros rostros con las fotografías de los documentos, dado que ambos habían cumplido ya más de ocho años.

—En el edificio de la Radio Católica. Aquí tiene la dirección —respondió Mateo, sin titubear, entregándole una especie de carta que sacó del bolsillo de su pantalón.

—¿Y a dónde se dirigen ahora?

—Queríamos partir lo antes posible hacia alguna provincia de Oriente, pasar unos días en la selva, alquilar una cabaña cerca de algún río y explorar los alrededores —respondió preciso.

En ese momento, su compañero se acercó a mí con el entrecejo fruncido y me invitó en tono severo a darle la espalda

e inclinarme apoyando las manos sobre la pared. ¿Había leído mis pensamientos? Luego colocó sus gruesos dedos en mi cintura. Durante un segundo, admito que fuera de contexto y de forma totalmente irracional, temí lo peor. Pero en vez de *eso*, comenzó a cachearme con bastante celo y cierta brusquedad. Las mochilas esperaban pacientes su turno sobre la mesa. Cuando terminó conmigo, proceso que no le llevó más que unos segundos, enfiló hacia ellas con determinación.

El agente que parecía llevar la voz cantante leía la carta que le había entregado Mateo, en silencio pero con gran atención. Su mirada pétrea y su gesto de dogo estreñado hubieran intimidado al más osado. Sin embargo, a media lectura, su rostro cambió súbitamente de expresión, hasta el punto de casi denotar miedo en la mirada. Durante un instante, el papel pareció temblar entre sus manos. Entonces dejó de leer.

Ya comenzaba a inventar una explicación inverosímil sobre cómo había llegado hasta allí el dichoso esqueleto de la iguana cuando, de pronto, se pronunció el agente:

—¡Espera...! —ordenó a su compañero extendiendo hacia él una mano.

Pero el otro ya había desabrochado las cremalleras de mi bolsa y hurgaba desdeñoso en el interior. La mochila temblaba como si hubiera entrado en ella una comadreja. Luego se tornó hacia nosotros y dijo, desdoblando su expresión:

—Mil disculpas, señores. —Bajó considerablemente el tono de su voz y forzó una especie de reverencia—. No sabía que ustedes... Perdonen por las molestias que les hayamos podido ocasionar, pero es que últimamente viene mucho maleante por aquí. Cuando quieran, pueden marchar. Y gracias por su colaboración. Que tengan una feliz estancia en Ecuador. Por favor, están en su casa. —Se retiró un paso atrás y con un sutil gesto nos invitó a recoger nuestras pertenencias. Sólo cuando recuperé mi mochila y cerré la cremallera dejaron de temblarme las piernas. El agente se dirigió sumiso hacia la puerta, que abrió de par en par.

¿Se había disculpado?

Aunque el día estaba gris, la luz que iluminaba el último andén penetró en aquella tétrica estancia como un ejército invasor.

—Gracias. Y no se preocupen, no ha sido molestia, ustedes sólo cumplen con su obligación —dijo Mateo, con la tranquilidad de los inocentes, inclinando la cabeza en un gesto amable. Por su placiente expresión al pasar bajo el alfeizar de la puerta, hubiera jurado que estaba absolutamente convencido de que no hubiera podido darse un desenlace distinto.

Cuán equivocado estaba. Si hubiera sabido lo de la iguana...

—¿Qué le has dicho a ése, para que nos dejara ir así, sin más? ¿No te ha parecido un tanto precipitado? Parecía incluso asustado —le pregunté, intrigado, ya saliendo de la estación.

Mateo quedó pensativo, meditando una respuesta.

—¿Y qué les obligaba a retenernos por más tiempo? —dedujo al fin.

La lluvia había cesado, pero la sensación de frío aumentaba por momentos. Por el receptáculo de la entrada pululaban un par de mendigos en busca de recién llegados, pero los esquivamos acelerando ligeramente el paso.

Abstraído en la búsqueda de una respuesta un poco más coherente a mi pregunta, al comenzar a bajar la pequeña escalinata de la estación, tropecé de lado con una mujer de aspecto indígena que cargaba un enorme fardo a su espalda. La mujer se tambaleó sin llegar a perder el equilibrio. Me torné hacia ella, dispuesto a ayudarle con la carga si era necesario.

—Lo siento. No ha sido mi intención —me disculpé.

Pero la mujer guardó silencio, desvió esquivo la mirada y siguió su camino acelerando el paso.

—¿Qué extraña es la gente de las montañas —comenté a Mateo, bajando la voz, sin dejar de mirarla.

—Sólo desconfían de los extranjeros.

—Será eso —asentí, molesto por la facilidad con que Mateo hallaba siempre una respuesta para todo.

—Más asombrosa ha sido la reacción de los agentes —inquirió, para mi sorpresa—. En realidad, no me explico ese repentino cambio de actitud. Vas a tener razón. Igual ha tenido algo que ver la carta de mi tío. Puede que algún detalle le haya hecho cambiar de opinión sobre nosotros.

—Demasiado fácil —alegué, arqueando incrédulo la mirada—. A ver, ¿me dejas que le eche un vistazo?

Sacó de nuevo la carta del bolsillo de su pantalón, la desplegó con sumo cuidado y me la entregó.

Aquella carta decía así:

Querido Mateo, espero vuestra llegada con impaciencia. La Orden sabe de vosotros, y desean conoceros. Seguro que tenéis muchas cosas que contarnos de vuestros viajes, y por supuesto de España. Si gustáis, antes de marchar hacia la selva, como me comentaste en tu último e-mail, celebraremos una comida especial en vuestro honor. La primera noche, si no habéis reservado hospedaje desde las islas, os podéis alojar en la Emisora de la Radio Católica. Será un gusto para todos nosotros teneros como invitados. La Emisora está en el número cincuenta y dos de la calle Miraflores, muy cerca de la Iglesia de la Compañía y la Catedral. Podéis tomar un transporte público hasta allí, o bien coger un taxi en la Avenida Amazonas; como gustéis. Si no puedo ir en persona a recibirlos, ya que por esas fechas estoy regresando de una de las Misiones a orillas del río Napo, dejaré nota al Padre Roberto para que os provea de todo lo que necesitéis y os muestre vuestros aposentos.

*Hasta pronto
Un fuerte abrazo*

Padre Francisco Pérez Sanfeliu

—¿Y bien? —preguntó Mateo, esperando una opinión sincera de mí.

—¡Que el Diablo me lleve! —exclamé, incapaz de contener mi asombro—. ¡Creo que nos han confundido con dos

misioneros jesuitas! ¡Ja! ¡Dos religiosos! ¡Vaya paradojas que tiene la vida! Cuando lo contemos en España nadie nos va a creer.

— Así que esta carta ha sido nuestro salvoconducto —suspiró aliviado, recuperándola de entre mis manos—. La guardaré en lugar seguro, por si la volvemos a necesitar. —Dobló la carta cuidadosamente y la introdujo en uno de los bolsillos de la bolsita de viaje que llevaba colgada al cuello. Puesta a buen recaudo, prosiguió—: Para que vayas tomando nota, Diego, tú que tanto criticas a la Iglesia. Pues esta vez nos ha salvado el trasero. ¡Ya le debes una a la Providencia! —subrayó.

— Más bien a la suerte. O en todo caso a la *diosa pagana de la Fortuna* —bromeé—. Allí sólo estábamos la carta, los dos agentes de la INTERPOL, tú y yo.

— ¿Ya estamos otra vez?...

— Bueno, está bien. Acepto la deuda, por si acaso. Pero es causalidad y no destino, que quede muy claro. La vida es incontrolable, tanto como los caminos que recorremos: cambiantes y engañosos.

— Esa es tu percepción. Llámale como quieras, casualidad, suerte, destino..., pero no puedes negar que cada camino conduce a un lugar distinto, la mayoría de veces mucho más viejo que tú y que yo, por el que ya han pasado antes otros hombres, dejando sus huellas físicas y espirituales.

— Me temo que en esta discusión jamás llegaremos a un entendimiento. —Encogí los hombros, rendido a la evidencia—. Mantenemos posturas demasiado enfrentadas.

— Al puerto donde tengo amarrada mi barca se llega en soledad, por propia convicción. Y, créeme, antes o después tú también llegarás —vaticinó, muy seguro de sí mismo.

— Anda, calla y camina que se nos ha hecho un poco tarde.

¿Quién lo hubiera dicho? Siempre nos había gustado pasar desapercibidos allá donde fuéramos de viaje, integrarnos en la medida de lo posible con la población. Les aseguro que en algunos lugares no ha resultado nada fácil, y en otros

ni lo llegamos a intentar por considerarlo humanamente imposible. Pero haber pasado por jesuitas en Ecuador, sin ni siquiera habérselo propuesto, había superado, con creces, todo lo anterior.

Al día siguiente, aún no había despuntado el sol, regresamos de nuevo a la Estación Central, pues la mayoría de autobuses de línea regular que salen de Quito en dirección a las poblaciones de Oriente parten de allí. Para realizar el primer tramo del itinerario que habíamos estimado nos adentraría en la selva, agarramos uno de esos pequeños colectivos interprovinciales lleno de adhesivos, estampitas, lucecitas... alrededor de la luna delantera y sobre el maltrecho asiento del chofer.

Bordeando el río Aguarico durante casi toda la travesía, al fin llegamos a la última parada: Lago Agrio (*Nueva Loja* en algunos mapas). Pequeña pero importante ciudad comercial fundada allá en los años sesenta, cuando alguien descubrió, para su enorme dicha y al principio, supongo, también desconcierto, que aquellos pequeños riachuelos de aguas negras que rezumaban los caminos eran en realidad petróleo, oro negro. Pero yo recuerdo Lago Agrio como una población de paso, sin mayor interés, inundada de bazares, boliches y casas de comidas, principio o fin de trayecto para la mayoría de rutas comerciales; eso sí, donde nace uno de los principales oleoductos transandinos hacia las refinerías y puertos del Pacífico.

Muchos lugareños achacaban al petróleo algunas de las extrañas enfermedades que padecían las gentes que vivían en la selva, asegurando que su extracción provocaba la contaminación de numerosos acuíferos. Nosotros estábamos completamente convencidos de que así era, pero las voces de los campesinos siempre hacen menos ruido que los dólares, y ellos lo sabían, por lo que la mayoría asumían con resignación dicha condena. Una tierra extremadamente rica, un país extremadamente pobre: la historia de siempre. ¿Quién dijo que el Hombre ha evolucionado? ¿Hacia dónde? Quizá, cuando deje de contemplarse el

ombligo se dé cuenta de que existen otros mundos a su alrededor que se marchitan lentamente por su desidia e ignorancia...

Parece sencillo ante un mapa extendido sobre la mesa y cuatro cascos de cervezas soportando las esquinas, pero se tarda casi dos días en llegar hasta Lago Agrio, después de atravesar peligrosas carreteras de montaña, donde el asfalto aparece y desaparece de la ruta como si temiera ser rayado por los alambres oxidados de las ruedas de los autobuses locales, de recorrer sinuosos caminos mal bruñidos, enfangados de lodo y hojarasca, horadados por los cientos de pequeños riachuelos que descienden de las montañas... E incluso, en algunas ocasiones, cercenados literalmente por auténticos ríos cuyo bravo y amenazador torrente obliga al conductor a jugarse el paso a cara o cruz. Aunque les puedo asegurar que dicho itinerario, como ven ya difícil de por sí debido a lo accidentado del recorrido, siempre es susceptible de complicarse todavía un poco más si media la lluvia, una lluvia a veces tan intensa que llega a formar tal cortina de agua sobre el parabrisas del vehículo que apenas permite imaginar el trazado de los siguientes diez metros. Y es que, desplazarse por tierra hasta cualquier lugar ubicado entre la Cordillera de los Andes y la zona selvática de Oriente, para alguien poco o nada acostumbrado a enfrentarse de manera cotidiana a dichos riesgos, ya supone vivir toda una gran aventura.

Tras abandonar en el apeadero de Lago Agrio el autocar en el que habíamos viajado desde Quito —eso sí, algo magullados y doloridos debido al traqueteo constante del camino—, nos dirigimos hacia una de tantas tabernas cuajadas de pequeños ojos negros que invadían la ciudad. Por más que hubiéramos intentado disimular nuestra condición de extranjeros, nos delataba la altura y el color de nuestra piel, pálida si la comparamos con la de cualquier lugareño. Es por ello que cabía actuar con mucha cautela; como en cualquier otra parte del mundo, con tan marcadas diferencias, corríamos el riesgo de ser estafados por algún *buscavidas*.

—¡Buenos días! ¡¿Alguno de ustedes sabe cómo llegar al Campamento de la Laguna Grande?! —vociferó Mateo, bajo el alféizar de la puerta de aquel local vaporoso y lúgubre, en dirección a un grupo de cuatro lugareños apoltronados en la barra que acorralaban una botella de ron medio vacía y tres vasos medio llenos. De sus cinturones colgaban largos machetes de hoja ancha, mordidos por los miles de golpes acumulados.

—Eso, tú pasando desapercibido —le apremié en voz baja.

Las miradas expectantes no se hicieron esperar. De repente, éramos el centro de atención. Decenas de ojos negros nos apuntaron a la cara como cañones de fusil a punto de escupir una bala.

—Tranquilo, tú déjame a mí —esgrimió confiado.

Del grupo avanzó decidido hacia nosotros un hombre de mediana edad, piel tostada y pelo corto y muy negro, tan desaliñado y sucio como sus compañeros de barra.

—Hola, amigos. Mi nombre es Washington. Yo puedo guiarles hasta la Laguna Grande. Conozco bien esa zona.

—Él es Diego, y yo Mateo. —Se adelantó un paso hacia él, ofreciéndole su mano—. Lo que necesitamos es un guía para unas dos semanas, más o menos. Depende de lo que se pueda ver y hacer por allí.

—Claro, entiendo —asintió aquel tipo, a media sonrisa, atenazando nuestras manos con sus huesudos dedos—. ¿Viajan solos o van con algún grupo organizado?

—Solos —confirmé a media voz, temiendo que aquello supusiera un inconveniente.

—Bueno, entonces acompañándoles no haré un gran negocio —dedujo dubitativo. Luego se llevó la mano al cogote, que rascó con saña durante unos segundos, como buscando una respuesta que darnos, y prosiguió:

—Pero qué se le va a hacer... Últimamente anda flojo el negocio. Iré con ustedes.

—¿No hay problema, entonces? —pregunté, desconfiado. ¿Era su forma de negociar, o su flema era natural?

—No, amigos. No hay ningún problema. Estoy seguro que lo pasaremos bien, ya verán. Al ser pocos —sonrió malicioso— tendremos más libertad de movimiento. Tengo buenos amigos en la Comunidad Siona, los conocerán. Saldremos por la noche a ver cómo cazan los caimanes, pescaremos pirañas, nos adentraremos por alguna de las sendas que andaban los caucheros en tiempos de Ibarra... ¿Qué les parece? —inquirió. Y, arqueando las cejas en busca de aceptación, argumentó casi de carrerilla—: Sepan que mi padre fue un valeroso capitán del movimiento revolucionario que encabezó Velasco Ibarra en los años cuarenta, y que mi madre era indígena, de una comunidad ya desaparecida que estaba asentada a orillas del río Güeppi, así que yo me crié en la selva, como quien dice. Allí estuve viviendo hasta que, con trece o catorce años, decidí venir a Lago Agrio para buscar trabajo en las nuevas petroleras gringas... Pero ya no hay trabajo para todos —añadió, denotando cierto resentimiento en el tono de su voz—. Ahora hago de guía para turistas que hablan español, como ustedes. Españoles, ¿verdad?

—Depende del precio —bromeó Mateo.

—No se apuren, mis amigos —sonrió de nuevo—, pueden confiar en mí. El precio es lo de menos; por aquí, todos cobramos parecido. Para ustedes, seguro que es casi un regalo.

Convinimos, con un fugaz cruce de miradas, que él era la persona indicada para guiarnos: si no mentía, estaba familiarizado con el territorio; y su oferta, a falta de otras para comparar, parecía muy interesante.

—¡Entonces, pongámonos en marcha! —rubriqué entusiasmado.

—Mateo, y... —señaló hacia mí con su huesudo dedo índice —usted era Diego, ¿verdad?

—Así es, como el hijo de Colón —respondí orgulloso.

—¿Colón? No lo conozco, mi amigo. ¿Es español? —dedujo pensativo—. ¿Amigo de ustedes?

—No importa. Por estos lares no es demasiado popular.

Mateo se tornó hacia la barra sonriendo con ironía y pidió una botella de agua y dos cervezas bien frías. El camarero, un tipo bajito y sin labios, con cara de pocos amigos, abrió una pequeña nevera ubicada bajo la pileta, tomó las tres botellas y las posó bruscamente sobre la tarima de madera:

— Aquí tiene. Serán tres dólares.

— La Pinta, la Niña y la Santa María — nos las presentó Mateo, haciendo alarde de ingenio.

— ¿Son sus hijas? — preguntó Washington.

— No, no lo son — sonreí condescendiente —. Ya te iremos explicando por el camino...

Tras un breve intercambio de opiniones sobre algunos detalles técnicos del viaje a realizar, nuestro recién contratado guía se ausentó para ir a buscar a Franklin, el taxista de la camioneta cuatro por cuatro que nos llevaría hasta el embarcadero de La Guardia, sito a orillas del río Cuyabeno, donde embarcaríamos en canoa a motor hasta el Campamento de la Laguna Grande, nuestro destino final. Un pequeño rincón de la selva cuya diversidad animal y botánica habíamos estimado que conformaría un atractivo y seductor paraje en el que internarse durante al menos un par de semanas. Aunque antes nos quedaba el reto de atravesar primero de setenta a ochenta kilómetros más de angostos caminos a través de la selva secundaria, y después de cuatro a seis horas de motora, según el caudal del río, hasta llegar al Campamento Base.

A los pocos minutos, Washington entraba en la taberna acompañado de un tipo bajito, orondo como una peonza, pero ligero como una ardilla. Sus pequeños ojos negros y su sonrisa de sandía, ribeteada por un cuidado bigotillo de secretario de ministerio, dibujaban en su rostro un gesto alegre y confiado. Contrastaba con el resto de lugareños por su aspecto impoluto y su escaso pelo.

— ¿Te has fijado que está medio calvo? — susurré a Mateo, distrayendo la mirada por el techo del local, decorado con gigantescas telarañas en los rincones plagadas de insectos agonizantes. Por alguna extraña razón, en todo el viaje no habíamos visto un *pelado* que no fuera extranjero.

Pensé que debía ser algo endémico.

— Bueno, pues parece que ya no somos los únicos — musitó Mateo a los pocos segundos.

— Oye, que a mí aún me queda algo de pelo — advertí, elevando sensiblemente la voz, intentando desmarcarme de su pronta reflexión.

— Pero no mucho. Verás cómo en tres o cuatro añitos ya no te queda ni la pelusa — señaló malicioso.

Por suerte, se equivocó. Todavía me paso el peine. La pelusa resiste de forma numantina al paso del tiempo. Lo que no pude evitar fueron las canas que hoy invaden mi barba, que mi mujer justifica asegurándome que me imprimen cierto carácter.

Washington y Franklin — guía y taxista — eran amigos, y ambos vivían en Lago Agrío. No llegaban a ser familia pero tenían parientes lejanos comunes. No fue difícil acordar un precio por sus servicios, que incluían, a pesar de nuestra insistente oposición, al hijo menor de Franklin, quien con sus siete añitos recién cumplidos ejercería las funciones de porteador. Aunque lo cierto es que apenas podía cargar en su espalda una mochila de mano. Pensamos que finalmente se habría unido al equipo porque su padre no tenía mejor lugar donde dejarlo.

Sellamos el trato con un fuerte apretón de manos. Pero les aseguro que si al final nos hubieran pedido el doble de lo pactado, creo que tanto a Mateo como a mí nos hubiera seguido pareciendo barato.

El regateo era una fase previa de todo acuerdo empresarial. No ocurría así con las expediciones organizadas, que en algunos casos llegaban a quintuplicar dicho costo; claro que las agencias que las preparaban tenían que pagar a múltiples intermediarios y encargarse personalmente de asegurar todos los pasajes y permisos necesarios para acceder a las zonas protegidas. Pero les aseguro que personajes tan singulares como Washington y Franklin no se conocen más que de una manera: la nuestra. Y con ellos el viaje resulta mucho más interesante y divertido.